

Los primeros cristianos, alma del mundo pagano

La vida de los primeros cristianos irrumpe en la sociedad en neto contraste con las costumbres paganas. Su ejemplo puede servir de referencia a la situación contemporánea. Como afirma la *Carta a Diogneto* (cap. VI), “lo que el alma es en el cuerpo, eso son los cristianos en el mundo”. Los apologistas griegos de los que tenemos alguna referencia son abundantes, en comparación con el volumen de escritos que conservamos: Cuadrato, Aristides, Melitón de Sardes, Justino, Atenágoras, Taciano, Hermias, el discurso *A Diogneto* –de autor desconocido–, Aristón de Pella, Milcíades, Apolinar de Hierápolis, Teófilo de Antioquia. En ámbito latino contamos principalmente con Tertuliano y Minucio Félix. El fenómeno, como se ve, es extenso.

Ejemplo. Las acusaciones del vulgo, a las que contestan los apologistas, versaban en su mayor parte sobre problemas morales. La respuesta de los apologistas no sólo es decidida en la defensa, sino que nos ha legado un testimonio excelente de cómo se comportaban aquellos primeros cristianos. Aristides escribía a mitad del siglo segundo (*Apología* XV): “No adulteran, no fornican, no levantan falso testimonio, no codician los bienes ajenos, honran al padre y a la madre, aman a su prójimo y juzgan con justicia”.

Es un resumen que constituye un auténtico programa de vida. Junto a esto, expone la regla de oro del comportamiento cristiano: “Lo que no quieren que se les haga a ellos no lo hacen a otros”. También expone un plan que desbarata la sed de venganza: “A los que los agravian, los exhortan y tratan de hacerse amigos suyos, ponen empeño en hacer bien a sus enemigos, son mansos y modestos...”. Y en sus relaciones sociales, observan una actitud llena de caridad para con todos: “No desprecian

a la viuda, no contristan al huérfano; el que tiene, suministra abundantemente al que no tiene. Si ven un forastero, le acogen bajo su techo y se alegran con él como con un verdadero hermano. Porque no se llaman hermanos según la carne, sino según el alma”. En suma, su vida está llena de sacrificio y de agradecimiento: “Están dispuestos a dar la vida por Cristo guardando con firmeza sus mandamientos, viviendo santa y justamente según se lo ordenó el Señor Dios, dándole gracias en todo momento por toda comida y bebida y por los demás bienes...”.

Vida según Dios. El porqué de este comportamiento se puede encontrar en el deseo de felicidad, que es común a toda la humanidad. Así lo explica la *Carta a Diogneto* (cap. X): “No está la felicidad en dominar tiránicamente sobre nuestro prójimo, ni en querer estar por encima de los más débiles, ni en enriquecerse y violentar a los necesitados. No es ahí donde puede nadie imitar a Dios, sino que todo eso es ajeno a su magnificencia”. Se trata de vivir según Dios. Esta actitud la resume Teófilo en su obra *A Autólico*, escrita poco después de la mitad del siglo II, en la que afirma (cap. III): “Entre ellos reina la templanza, se ejercita la continencia, se observa la monogamia, se guarda la castidad, se aniquila la injusticia, se arranca de raíz el pecado, se medita la justicia, se cumple la ley, se practica la religión, se confiesa a Dios; la verdad decide como árbitro, la gracia guarda, la paz protege, la palabra santa dirige, la sabiduría enseña, la vida decide, ¡Dios reina!”.

El ejemplo de integridad llega hasta el respeto de la vida incipiente. Así, en la *Carta a Diogneto* (cap. V), leemos: “A las casan como todos; como todos engendran hijos, pero no exponen los que les nacen”. Exponer a los niños significaba abandonarlos para que murieran. La práctica era muy frecuente, pues bastaba que el padre no reconociera al bebé



como hijo suyo. Algunos cristianos –según se cuenta– solían recoger los pequeños cadáveres para darles sepultura. No es sólo el respeto por la vida apenas comenzada, sino el deseo de tener muchos hijos, al menos según las palabras de Atenágoras en su *Legación en favor de los cristianos*, de mitad de siglo (cap. XXXIII): “Como tenemos esperanza de la vida eterna, despreciamos las cosas de la presente y aun los placeres del alma, teniendo cada uno de nosotros por mujer la que tomó conforme a las leyes que nos hemos dado, y ésta con miras a la procreación de los hijos. Porque del mismo modo que el labrador, después de echar la semilla en la tierra, espera a la siega y no sigue sembrando, así, para nosotros, la medida del deseo es la procreación de los hijos”.